UN DELICADO AGITADOR

Alonso Cueto

La foto en su casa de Barranco que aparece en la portada de sus recientes *Obras Completas* (Ediciones Petroperú. Lima, 2000) es reveladora. Valdelomar tiene veintitantos años, pero aparenta más. Es o parece un caballero limeño, el monóculo clavado en el ojo izquierdo, la raya recta de pelo sobre el derecho, la corbata bajo el chaleco, el terno grueso, las piernas terminando en escaupines, la pared de encaje al fondo, una dócil planta a sus pies. Es un ser elegantemente extasiado, entregado al lente. El orgullo de su rostro de labios grandes tiene una tranquilidad desafiante. Esta mezcla de insolencia y de elegancia iban a fraguar el sello personal de una vida que concibió como un acto de creación y de exhibición permanente. Mucho de lo que sabemos hoy de Valdelomar –sus poses, sus anécdotas, sus artículos– parece un conjunto de estrategias diseñado para ser reconocido. Los numerosos textos periodísticos incluidos en esta edición muestran que su necesidad de provocar es tan grande como la de halagar. Sus elogios a Lima son tan notables como sus diatribas a otras ciudades (en esta edición se incluye un artículo contra Chosica y los chosicanos, “Chosica never more”).

Este movimiento expansivo, en busca de un auditorio, está vinculado a una famosa frase falsa del autor: “El Perú

es Lima, Lima es el Jirón de la Unión, el Jirón de la Unión es el Palais Concert y el Palais Concert soy yo". Nunca he encontrado escrita por él esta última frase ("El Palais Concert soy yo") aunque tampoco hay que descartar que la dijera en alguna conversación. En "Valdelomar por él mismo" de Ricardo Silva Santisteban (Ediciones del Congreso, 2000), en cambio aparece una entrevista del diario *La Crónica* en diciembre de 1918, donde dice "El Perú no es Lima ni se parece a Lima".

Cuando Valdelomar, que era de una familia iqueña numerosa y de clase media baja, llega a estudiar al Colegio Guadalupe, ha decidido imponerse a la capital. Sus motivaciones no excluyen su propia valoración como escritor. En una entrevista al diario *La Reforma* de Trujillo en mayo de 1918 diría que el primer deber de un escritor en el Perú es evitar ser aplastado. Para lograrlo, lo primero que buscó fue obviamente ser más aristócrata que los propios capitalinos. El cambio de su nombre es su primera afirmación. Niega su origen plebeyo firmando como el Conde de Lemos. La belleza, el arte, el espíritu son territorios aristocratizantes por excelencia. Gabriel D'Annunzio, es su símbolo. En "Valdelomar por él mismo", Silva Santisteban recoge una anécdota de Luis Alberto Sánchez: "Si para llamar la atención tuviera que salir vestido de amarillo, lo haría sin titubear. ¿O cree que un zambo como yo atraería de otra manera la atención de estos cholos gordos, espesos y universitarios de su Lima?". Sus anécdotas son numerosas y de dominio público. Llama "quechua" a los mozos de las confiterías, ridiculiza a otros provincianos que quieren pasar por cultos, y cuando un poeta trujillano se le presenta, Valdelomar le da la mano y le ordena: "Di en Trujillo que has estrechado la mano de Abraham Valdelomar". Una historia extendida, quizá falsa pero no inverosímil, cuenta que frente al espejo del baño del Palais Concert decía: "¿Quién soy? ¿No soy un zambo huachafo?".

Su elogio a Lima era en realidad un síntoma de su provincianismo. Su entrega a todas las actividades posibles —el periodismo, las artes gráficas, la lucha política, la diplomacia,

el teatro, la poesía y la narrativa—, fue la señal más clara de una vocación por un sueño provinciano: convertirse en un protagonista de Lima. Su esteticismo y sus luchas políticas son dos premisas de su vocación de agitador. Cantor de Lima (en su “Psicología del gallinazo” dice que es un noble animal negro de la capital y sugiere ponerlo en el escudo de la ciudad), no dejo de ser un foráneo que se reía de ella (en sus caricaturas a Pardo y otros políticos y en sus cuentos humorísticos). Quiso ser aristócrata, pero también un rebelde. Abrazó con pasión la causa de Billinghurst, cuando muchos limeños tradicionales veían con desconfianza al futuro presidente que introducía temas sociales a favor de los trabajadores. Pero también celebró lo que él llamaba el “señorío” y la “tradición” de la ciudad (en 1919 fue significativamente uno de los que acompañó el ataúd de don Ricardo Palma pocas semanas antes de su propia muerte en noviembre de ese año). Sin embargo, sobre todo hacia el final de su vida, imaginaba el futuro del Perú en las provincias (en sus giras llegó a lugares tan distantes como Puno, Etén y Catacaos donde proclamaba los derechos de los trabajadores y los provincianos). La edición de Petroperú incluye todos estos discursos. Ismael Pinto había ofrecido una versión detallada sobre uno de estos viajes en su “Valdelomar en Moquegua”.

Una magnífica biografía reciente de Manuel Miguel de Priego (“El Conde Plebeyo”, Ediciones del Congreso, 2000), muestra una foto de 1912, en la que aparece en el restaurante Estrasburgo de Lima con su grupo de amigos: Leonidas Yerovi, el periodista Luis Varela y Orbegozo (profesor suyo en el Guadalupe, apodado “Clovis” y tío de Blanca Varela) y José Gálvez. Sin embargo su grupo de amistades no excluye a los provincianos. Iba a ser uno de los primeros lectores de César Vallejo que iba a escribir uno de los textos más emotivos a su muerte. Cuando viaja a Roma enviado por el gobierno de Billinghurst, la nostalgia lo devora. Pero su corazón no estaba exactamente en Lima, dominio del Valdelomar público, sino en su aldea frente al mar de Pisco.

Los relatos agrupados en “Cuentos Criollos” en la Edición de Petroperú abundan en descripciones de la caleta, el mar y el puerto. Estos aparecen como un escenario brumoso, donde surgen personajes de ensueño como la mujer espectral en “Los Ojos de Judas”. En esta misma colección, dos relatos, “El Caballero Carmelo” y “El Vuelo de los Cóndores” son casi perfectos. Una de las escenas inolvidables del “Caballero Carmelo” relato escrito durante su viaje a Europa, es la inicial. El hermano mayor, Roberto (nombre también del hermano mayor de Valdelomar), llega a la casa y saca los objetos de la alforja: “Quesos frescos y blancos, envueltos por la cintura con paja de cebada, de la Quebrada de Humay; chancacas hechas con cocos, nueces, maní y almendras; frijoles colados, en sus redondas calabacitas...”. Esta descripción tiene una concreción y una musicalidad, que la literatura peruana de entonces rara vez había conocido. Cada uno de los objetos que va apareciendo parece a la vez específico, único y extrañable. La cualidad física de los elementos está integrada a su resonancia espiritual.

Su percepción de la vida es inseparable de la de sus historias. “El Caballero Carmelo” es un ser singularizado por su belleza y su armonía, como lo es la accidentada “Miss Orquidea”, en el “Vuelo de los Cóndores” y el torero Belmonte en su “Belmonte el trágico”. Valdelomar tiene una concepción trágica basada en la idealización de una criatura hermosa y efímera, cuyo único destino puede ser un final violento. El destino de Miss Orquidea y el del Caballero Carmelo son coincidentes: se trata de figuras hermosas y efímeras, cuya belleza fatal contradice la banalidad del mundo a su alrededor. Su sino trágico está basado en su singularidad. Por su factura formal y por la fuerza de sus personajes, estos relatos muestran a un creador en su plenitud. “El Caballero Carmelo” es la prueba de que más allá de las poses, las frases, las anécdotas de su biografía, nos queda un artista delicado y esencial, íntimamente unido a sus personajes y escenarios.

En noviembre de 1919, durante una de sus giras, en un banquete en el Hotel Boloñesi de Ayacucho, Valdelomar se

levanta, presa de una gran ansiedad. Necesita salir en busca de alguna droga. Junto a él o poco después, va un joven que lo acompañaba en todos los viajes, Artemio Pacheco. Las especulaciones sobre lo que ocurrió esa noche han incluido la falsa versión de su caída en un silo. Nadie sabrá bien lo que ocurrió antes de que Valdelomar desde el segundo piso de una escalera cayera a un montículo de piedras. Lo encuentran varias horas después, con la columna quebrada. La agonía dura menos de 48 horas (sus últimas palabras son “Madrecita, ven”). Es enterrado en Ayacucho pero un mes después, el cadáver embalsamado viaja cargado por dieciséis peones, hasta Huancayo desde donde sigue en tren a Lima (en el camino de ida, había comentado, al paso, que le gustaría morir en esos lugares remotos). Su madre, Carolina Pinto que nunca se recuperaría de la muerte de su hijo predilecto y que en 1942 sería enterrada con él en el Presbítero Maestro, pasaría entonces a vivir en casa de su hija menor María, casada con el científico polaco Witold de Szyszlo. El hijo de ambos, Fernando de Szyszlo, traza un magnífico recuerdo de su abuela, en la biografía de De Priego.

Su muerte parece la secuela natural del frenesí de los últimos años. No sé si hubiera vuelto a escribir relatos como “El Caballero Carmelo” pero es un hecho que habría continuado su lucha política. Es tentador imaginarse a Valdelomar como testigo activo del oncenio de Leguía, el militarismo y el pradismo.

Con respecto a la edición de Petroperú vale la pena recalcar el magnífico trabajo de Ricardo Silva Santisteban. Varios de los textos de esta edición han sido recuperados de archivos privados y de la Biblioteca Nacional. Los prólogos y notas son impecables. Los tomos no ofrecen grandes obras inéditas y por lo tanto no agregan nada a nuestra admiración por Valdelomar. Sin embargo, en muchos de los discursos y artículos (algunos bastante malos y otros simplemente huachafos y anacrónicos que escribía rápidamente y no corregía), encontramos fragmentos de una inspiración y de una

originalidad que compensa largamente su lectura. No lo admiramos más con esta edición pero lo conocemos mejor.

Pero quizá, como ocurre con muchos escritores, nunca lo conoceremos. En “El Caballero Carmelo”, el gallo agoniza durante varios días después de la pelea y antes de expirar se acerca a la ventana, agita las alas y se queda un largo rato mirando el cielo. Luego abre otra vez nerviosamente las alas y canta, antes de morir. El Carmelo era la imagen que Valdelomar tenía del artista: una vida corta e intensa, una muerte violenta. Fue su vida.